

VICTORIA HERRERA

CARNE
de
CAÑÓN



VICTORIA HERRERA

CARNE
de
CAÑÓN

 Planeta

Capítulo 1

«Tenemos que vivir, no importa cuántos
cielos hayan caído.»

D. H. LAWRENCE

«Déjame respirar, joder.»
Tres palabras que amenazan con
perpetuarse como banda sonora del resto
de mi vida. Ojalá pudieran borrarse como ese
tatuaje horrible que me hice a los dieciséis. Pero no.

Lo irreversible lo hace todavía más devastador:
no importa lo que haga ni en quién me convierta,
eso será lo último que habrás escuchado de mi
boca.

Tres palabras que ni remotamente le hacen
justicia a ese vínculo suave y de mil vidas que
tuvimos.

Ni siquiera la frase te correspondía, era uno de
tantos mensajes tercerizados nacidos de la
frustración de no poder mandar a la mierda a la
propia madre.

Al pedo, siempre supe que no había manera de que llegaran a esos oídos de porcelana que siempre te ocupaste de proteger.

Y encima ahora te vas, y me dejas sola con ella, sin intermediarios.

Olvídate de que siga tu legado, yo no genero ciudadanos de distintas categorías.

Aquí nos curtimos todas o ninguna. Se acabó lo que se daba. Basta de niñas mimadas.

Ni siquiera esta mañana, cuando me ha despertado para contarme lo tuyo, se ha podido hacer cargo de la situación. Me la imagino tratando de encontrar a alguien para que hiciera el trabajo sucio y finalmente teniendo que asumir por primera vez en su vida su rol de adulta conmigo.

Yo estaba completamente dormida después de haber pasado una noche del terror escuchando el recital de ronquidos de Marcos cuando me llamó. Sí, ya sé que te conté que lo había dejado, pero qué quieres que te diga: cuando se conjugan alcohol y noche mi carne se vuelve débil. Tengo a quién salir.

Igual es la última vez, después de cómo reaccionó esta mañana no vuelve a aparecer en ningún episodio.

Me llama, veo que es ella, contesto, y me dice:

—Mi amor...

«Mi amor», ¿entiendes? ¿Cuándo me había llamado «mi amor»? Nunca, nunca.

Por eso, y ahora que lo pienso, lo que me jode es que una vez más le solucioné el trabajo: escucharla decir «mi amor» me ha dejado tan shockeada, que en una milésima de segundo he llegado a la conclusión de que la única posibilidad de que esas dos palabras salieran de su boca, a las ocho de la mañana, era que tú habías muerto.

—¿Qué le ha pasado a mi papá? —Un silencio asesino de felicidad me confirmó lo inapelable—. ¿¿Se murió?? ¿Se ha muerto mi papá? Contéstame, por favor —decía mi boca aunque por dentro hasta la última de mis células imploraba la no respuesta.

Tuve que esperar un rato hasta que la más irreversible de las noticias fuera más habitable que la agonía de la incertidumbre. Cuando escuché el «sí», el mundo se me cayó encima. Me tiré al piso boca arriba como diciendo «que siga otra, yo me bajo aquí».

Marcos, que para ese momento ya había ganado el premio al incompetente del año, insistía en que me levantara, incapaz de acompañar mi agonía ni tres segundos. Me levanté del piso como si alguien

tirara de mí, me senté, y de la manera más tajante que pude le dije:

—Te vas. Te agradezco mucho todo, pero te vas. Necesito estar sola.

Como buen cobarde, aproveché la oportunidad. Y de nuevo a la horizontal, desde donde le miré agarrar sus cosas mientras le imploraba al universo que desapareciera rápido. La chaqueta de cuero, el tabaco en el balcón, el jbl. Cuando le he visto agarrarlo, casi vomito: se está yendo de la peor situación de la vida de la que ha sido su novia los últimos dos años ¿y ni siquiera está lo suficientemente consternado para olvidarse el parlante? Rata, miserable, mini hombre.

Escuchar la puerta cerrarse fue música para mis oídos.

Cuando empezaba a sentir que era posible quedar eternamente en ese limbo, mi teléfono empezó a sonar a lo loco. Aunque quisiera responder, soy incapaz de mover un pelo. Desde el helado suelo de mi casa como centro de operaciones, lo único que atino a hacer es mirar el techo y maravillarme ante la geometría perfecta de la telaraña que cuelga de la lámpara, mientras voy haciendo espacio a lo inevitable.



No sé cuánto tiempo ha pasado. Sigo sin poder moverme. Al sonido implacable del móvil ahora se suma el timbre de la puerta. El de abajo y un rato después el de arriba. No puedo reaccionar, solo siento el baldazo, este ensañamiento de la vida. Mis peores pesadillas se hacen realidad cuando escucho salir mi nombre de boca de Juan, mi vecino de enfrente, buena persona, pero exagerado y amable en exceso. Budista empedernido y dueño de una sonrisa perpetua que en este momento sería feliz de arrancar.

Me ponen nerviosa los felices, no sé cómo relacionarme con ellos, somos especies distintas.

Le abro la puerta con una sartén en la mano, desconozco por qué. Me doy cuenta cuando él me la saca con la suavidad con la que deben tratar a los enfermos terminales.

—Te llevo a la estación —me dice.

Yo me dejo llevar y hacer: un mundo desconocido para mí, que desde que tengo uso de razón me ocupo de todo. Siempre viví en una especie de

estado de alerta que me dice: «Cuidado, no hay espalda. El error es letal, es a vida o muerte».

Nos montamos en un taxi y habla Juan. Habla poco para ser él, pero habla. Hay ciertos timbres de voz que deberían ser atenuantes en caso de asesinato. En la radio Calamaro canta «sus ojos se cerraron» y por un momento creo que estoy en una especie de show de Truman y que esta es una escena escrita por un guionista perverso.

Me doy cuenta de lo cerca que estoy de volverme loca, me calmo recordándome que el humano siempre se repone, que tiene un programa en su software cerebral que empieza a reordenar los hechos y se acostumbra absolutamente a todo.

—Basta de literalidad —le susurro al bueno de Juan que empieza a reírse fuerte. Nervioso, su risa es aún más fea y chillona.

Cuando nos bajamos, me vuelven esas ganas indescriptibles de tirarme al piso. De repente lo entiendo con todo mi cuerpo: la horizontal es la única posición que me hace justicia.

Juan compra el billete, Juan me lleva al andén, Juan me da la maleta, Juan me da un papelito con unas palabras en un idioma que no entiendo pero

que debe ser eso que le escucho repetir durante horas. Me deja sentada con mi maletita, que también ha hecho él; en un rato voy a descubrir que metió toda mi ropa negra sin importar la estación del año. No importa. Voy a quemar toda la ropa que use estos días, no la voy a querer tener nunca más cerca de mi piel.

Quedan cuarenta y cinco minutos para que salga mi tren: Juan se excusa, se tiene que ir. Su cara de disgusto es exageradísima: no entiende que yo le agradezco el esfuerzo, pero prefiero que desaparezca. No es tan difícil. Me levanto en treinta y cinco minutos, entrego el billete y entro al vagón. Soy huérfana, no estúpida. Lo sigo con la mirada mientras se aleja y en el plano se me cruza un chulazo.

Mi cerebro pasa directamente a otra cosa. Lo miro, me mira, está todo claro. Moreno, flaco, vestido de traje, pero con todo el rock and roll latiendo debajo de la camisa. Mientras se va acercando registro la ventaja de mi nueva situación y es que nada me hace flaquear. Lo que hubiera sido mi típico «te miro, ahora miro a otro lado, ahora digo tres incoherencias» no tiene nada que ver con esta tipa segura que tengo dentro.

—¿Tu novio? —pregunta señalando la sombra de Juan mientras se sienta al lado.

—No —le digo con la cabeza—. Demasiado alto.

—Sí, puede ser —dice, y detecto un tono que me resulta familiar. Tengo un imán para atraer argentinos a dos kilómetros a la redonda, supongo que la sangre llama a la sangre.

Con esa naturalidad que tienen para el cortejo me dice «Cristian» a la vez que se sienta y me da dos besos. Decido perdonarle el nombre: es guapo, tiene cara de canalla.

—Me alegra que no sea tu novio —dice.

Un *insight* me atraviesa entera y me cuenta que la única forma de compensar a la muerte es con sexo. Mi cuerpo quiere sentir que está vivo.

—¿Quieres follar? —le digo.

Estoy seria, pero por dentro me parto de risa, como asombrada por esta nueva yo tan asertiva. El tipo queda en shock, se toma unos segundos para metabolizar su nueva situación: va a pasar de cazador a presa y se nota que la variante lo pone inseguro, pero igual no se la va a perder. Me mira, imagino que tratando de descifrar si soy peligrosa. Le sonrío de la forma más peliculera que me sale dadas las circunstancias.

—Obvio. ¿Dónde?

Como si llevara toda la vida haciéndolo, le señalo la puerta del baño de discapacitados.

—Entra tú primero —le digo.

Miro alrededor buscando un ser humano que me dé confianza. Lo encuentro: una sesentona inglesa con la piel al rojo vivo con pinta de haberse cansado durante el *tour* de hoy. Le pido que me vigile la maleta por favor, ella me pone cara de miedo.

Recuerdo cómo era Madrid antes de que esas bombas malditas nos dejaran teniendo miedo por todo. Igual se la dejo y me voy, que se las arregle con el cagazo.

Cada paso que doy hacia el baño va dejando atrás a esa niña medio viva que me habitó siempre. Ahora el micrófono lo tiene este cuerpo de mujer que late pidiendo liberar el volcán que nace de mi pubis. Dos golpecitos en la puerta. Me abre, sonrío; esa sonrisa me habría quitado el hipo en cualquier momento de mi vida, pero ahora no estoy para jueguitos histéricos. Ahora solo quiero tenerlo dentro mientras la mayor parte posible de mi piel esté cubierta por la suya.

Me besa mientras me agarra por detrás la ca-

beza, con una de esas lenguas que consiguen el efímero equilibrio entre lo suave y lo fuerte, ni seca ni mojada, ni colegial ni barrabrava. Esas lenguas me vuelven loca, soy capaz de atentar contra toda mi estructura por seguir a una lengua así. Pero ahora no corro peligro, no voy a seguir a nadie; no me importa otra cosa que no sea este momento, este baño y esta polla dura que se hace espacio entre ropas y nervios hasta entrar entera y darme, al fin, unos minutos de tregua. Así, llena, atravesada, es la única forma en que concibo estar ahora.

El argentino se mueve lo justo y sin embargo adentro se mueve todo.

Olas de mares profundos chocan y me llenan hasta la garganta que emite sonidos nuevos que se escuchan pese a la mano que tapa la boca pero que dos segundos después pierde la batalla del pudor y solo sirve para que pueda chupar también esos dedos que se me antojan de la misma forma que el miembro, como si fueran hermanos pequeños que también quiero que jueguen, igual que juega la lengua y la mano que aprieta el pezón que manda descargas eléctricas abajo y todo empieza a multiplicarse hasta que no puedo más y estallamos juntos porque no podía ser de otra manera y me llena

de leche, extraña, leche argentina que no me pienso sacar porque me pertenece, porque me la he ganado con uñas y dientes.

Para el temblor y me entrego a esa tregua de los cuerpos que acaban de vaciarse; unos segundos donde el mundo se paró, donde no pienso ni hago ni digo, solo respiro, y siento cómo va disminuyendo este latir mientras mi piel, mi sudor, todavía no me pertenecen.

Su mirada me devuelve a la realidad, su boca cancherea y sonrío mientras me dice:

—¿Qué loco, no?

Pero yo sé que está asustado, lo sé porque todavía siento lo que siente. Yo lo miro y no hago nada, vuelvo al mundo de la nada. No tengo fuerzas como para hacer que me importa, ya tuve lo que necesitaba; ahora me encantaría darle al botoncito de la peli de Subiela y que desaparezca.

—¿Sales tú primero?

Se descoloca. Este niño bonito debe ser de los que se las toman ante cualquier posibilidad de que la rubia de turno quiera ocupar lugar, nunca estuvo en una así.

—Dale, te espero donde antes.

Ni le contesto. Cierro los ojos y siento el vacío del

universo alojarse en mi diafragma. Decido tomar distancia y paso al estado de congelamiento. Así, gélida, salgo, voy a donde estaba mi maleta, le doy las gracias a la señora gamba y miro el reloj que anuncia los trenes. Ya está el mío. Miro al frente concentrada en lograr llegar, vamos paso a paso. Me viene a la cabeza una maestra que tuve que entendía todo y siempre me decía: «Como vayas pudiendo».

Como voy pudiendo, ese es mi mantra de hoy. Meto la mano en el bolso y aparece el papelito de Juan. Encuentro el ticket, lo entrego, me llaman por detrás, me doy vuelta un segundo: es el argentino con una tarjeta en la mano.

—Para lo que necesites —dice.

Le sonrío como puedo y la guardo junto al papel de Juan.

No puedo tolerar la idea de recibir ayuda de ningún hombre que no seas tú. Esa será mi venganza. Me convertiré en esa que no necesita.

Entro al vagón como puedo. Una mirada a los asientos, llenos de gente no sufriente. Soy absolutamente incapaz de mezclarme. Siento que si alguien se ríe o se da un beso, soy capaz de arrancarle la cabeza. Decido quedarme ahí, parada en la puerta, con mi maletita. Concentrada en que en

dos horas y media habré llegado, me bajaré y empezará otro capítulo de esta pesadilla infernal.

Como nada puede ser perfecto, llega una azafata extremadamente maquillada, y me pide mi billete. Se lo doy mirando al suelo. Lo lee y me dice:

—¿Te acompaño a tu asiento?

—No. No me quiero sentar.

Se bloquea. Vuelve a la carga.

—Lo que pasa es que hay que ir sentado, lo dice el reglamento.

Yo quiero decirle que me importa una mierda el reglamento, que no me pienso sentar, que se sienten los que vienen de visitar el Museo Del Prado o los que se van de vacaciones al calorcito. Que yo lo único que puedo hacer ahora es esperar a llegar. Así que seguiré de pie en la puta puerta con mi maleta hasta que llegue el momento en el que pare el tren y me toque bajar a los infiernos. Pero no le digo todo eso. La miro a los ojos y mi boca pronuncia solo cuatro palabras:

—Mi padre ha muerto.

•••

La bofetada de calor me da de lleno en la cara en cuanto la puerta empieza a abrirse. La lluvia en Sevilla es una maravilla porque hace un calor de cojones siempre. Es un calor que entumece, que te deja en estado de latencia. Recuerdo los veranos de mi infancia romper un huevo en la calzada y verlo freírse mientras me preguntaba si no era el destino de todos chamuscarnos.

Sevilla asfixia, literal y poéticamente; si tienes un par de ideas distintas en la cabeza, tampoco es tu mejor ecosistema que digamos. Religiosa, simbiótica, pacata. Me fui a los dieciocho sabiendo que era un viaje de ida. No me he arrepentido ni una sola vez.

Al mismo tiempo, es una de las ciudades más hermosas que he visto: sería perfecta sin sevillanos. Tengo que decir algo a favor de la estación de Santa Justa y es que su infraestructura permite prepararse psicológicamente para los encuentros incómodos. Unas escaleras mecánicas gigantes separan a los visitantes de los locales. Siempre agradezco ese par de minutos que me permiten bajar la taquicardia. De repente la veo, está del tamaño de un Playmobil, falta una eternidad para acercarnos. Me está buscando, mira a todos lados

nerviosa. Este mirar sin ser vista me calma, me da cierta ventaja. Aprovecho esta información sin aditivos que la vida me regala.

Y ahí, desprovista de careta, te descubro: estás distinta, no sé qué es todavía. Pareces una niña, perdida, frágil. Es como un *déjà vu*. Tantas veces te vi así, tantas veces mi mundo de niña se tambaleaba al encontrarte con la mirada perdida, como si todos habitáramos un tiempo y un espacio, y tú un mundo desconocido que claramente no es el mismo. Mi corazón se aprieta como entonces: en ese momento no sabía lo que era la angustia, pero vaya si la sentía. Era difícil sentir que mamá era más pequeña que yo a los ocho años. Te observaba de lejos como quien mira una película, anticipando cada escena por lo repetida; tu superhéroe llegaba y te traía de vuelta, todo lo de vuelta que se te podía traer.

Ahí estás, buscándome, chiquita, indefensa, y lo inesperado se hace protagonista. Unas ganas desconocidas de protegerte me devoran, tanto que siento que me voy a romper en mil pedazos, que no puedo soportar este cóctel molotov de amor y dolor.

La escalera mecánica sigue bajando y, a medio camino, nuestras miradas se encuentran. Te con-

viertes en otra, supongo que si alguien me estuviera observando diría lo mismo de mí. El gesto de tu cara se me antoja sobreactuado y este amor infinito se empieza a convertir en otra cosa; mi hígado se prende fuego y la compasión se va transformando en un enojo ancestral más viejo que tú y que yo juntas. Recuerdo un día que me dijiste, con un tono de absoluta normalidad, que las madres y las hijas se odian, que es lógico. Aquello me explotó adentro, generó mil reacciones, una voz que estaba de acuerdo, otra lloraba ante tu confesión de odiarme y otra congelaba eternamente el vínculo para poderte sobrevivir. Me pregunto si no será un tema químico lo nuestro, una cuestión de elementos y distancias necesarias, la imposibilidad de quererse a menos de una cierta cantidad de metros.

Quedamos frente a frente, paralizadas.

—¿Has venido sola?

—Sí, ahora estamos solas.

Me pregunto cuánto tiempo estuviste ensayando para llegar a decir algo tan telenovelerero.

Por si la escena no tiene suficiente carne, se suman como decorado un sinfín de seres vestidos de flamencos. No me acordaba, es abril y Sevilla está en plena feria. Él amaba esa fiesta, bah, amaba to-

das las fiestas creo, eran la oportunidad para su desquite, para dejar de ser el médico proveedor y convertirse en un marinero ebrio.

Me vienen a la cabeza miles de fotos, en todas está contento, con los ojos llenos de chispas como los de un niño haciendo una travesura, dándome dinero para que tome lo que quiera o me suba a cualquier atracción. En cambio, a ti no te gustaba la feria. Siempre consideraste a los sevillanos ordinarios y poco inteligentes. Razón no te falta, aunque siempre me pareció un bajón no poder verte simplemente relajada y bailando como las demás madres. Supongo que el salto del tango a las sevillanas es demasiado grande. Las chispas de los ojos de papá en ti se transformaban en melancolía pura.

Se acerca peligrosamente una flamenca con cero sentido de *timing* y nos pide que le hagamos una foto. Al tiempo que yo le contesto que no, tú ya estás prácticamente enfrente de ellas haciendo la puta foto. Estas cosas son las que siempre me hicieron sentir que éramos de planetas distintos. Estas ganas tuyas de desconectar. Esta certeza que me asegura de que cualquier incidencia del afuera va a ser bien recibida como excusa para no encargarnos de lo que nos tenemos que encargar. Me enfado, me

siento sola, sola hasta las tetas, sola de solemnidad. Pero tú vuelves con cara de niña perdida y me doy cuenta de que estás pasando por el peor momento de toda tu puta vida. Así que te agarro del hombro y te llevo afuera a buscar un taxi.

Tenemos suerte, en un minuto estamos siendo llevadas por un taxista semimudo, una especie tristemente en extinción. Me siento incómoda con tanta cercanía; extraño con todo mi corazón todos los otros viajes, donde yo estoy sola detrás, y él me habla por el espejo retrovisor, y tú te das vuelta a veces, y tengo espacio para mirar por la ventana y dejar de pensar. Pero este viaje es distinto: las dos estamos atrás, y nos lleva un desconocido al que no le importamos absolutamente nada. Por si la simbiosis no fuera suficiente, apoyas tu cabeza sobre mi hombro.

Respiro profundo y registro que estoy tan incómoda como a gusto. Ya no sé cuál de las dos está más loca.